

El deber de la memoria

Francisco J. García Lozano

cine

*Septiembre de 1939, Polonia.
En un puente una multitud en éxodo
topa con otro grupo que camina en
dirección contraria. Los que caminan
dirección al este advierten al otro
grupo que retrocedan si no quieren
toparse con los alemanes.*

*Los que caminan hacia el oeste
que es imposible, pues tras ellos
vienen los rusos (entonces aliados de
Hitler gracias al pacto Ribentropp-
Molotov). No podría haber una
mejor representación visual de la
miseria y el colapso de un pueblo,
el polaco, al comienzo de la II Guerra
Mundial.*

Bajo esta premisa *Katyn* (nominada al Oscar a la Mejor Película de Habla no Inglesa en 2008) recrea la masacre acontecida en los bosques de Katyn en la que unos 20.000 oficiales y suboficiales polacos fueron asesinados durante la primavera de 1940.

El film, de 2007, se estrena en España coincidiendo con el 70 aniversario de la invasión de Polonia por parte de los nazis (y posteriormente soviética). Es uno de los episodios más brutales de la II Guerra Mundial, que no suele figurar en los argumentos cinematográficos habituales, más ocupados en mostrar las barbaridades cometidas por el régimen nazi. Los muertos en masa como signo o indicio del carácter exterminador propio de

los grandes totalitarismos que marcaron el siglo XX, en este caso soviético.

Podemos considerar el film de Wajda como la historia de una mentira: el descubrimiento de las tumbas masivas por la Wehrmacht condujo a la rotura de las relaciones entre el gobierno polaco en exilio (con sede en Londres) y la URSS. La masacre fue empleada con fines propagandísticos por el régimen nazi, como nos muestra el film, mientras que Stalin culpaba al régimen nazi de la autoría, mediante la represión. No fue hasta 1990, bajo el régimen de Gorvachov, cuando se aclaró la responsabilidad de la Unión Soviética.

Andrzej Wajda (Oscar honorífico en 2000) pertenece a una generación que está ya desapareciendo y que es la última que fue testigo de los horrores acaecidos entre 1933 y 1945. Sus recuerdos privados subyacen en toda su filmografía, pero el verdadero espacio de humillaciones, reivindicaciones, de culpabilidades... y, por ello, tanto de veneración como de execración es la memoria colectiva a la cual en ésta su última película rinde su particular y personal homenaje y reconocimiento (*La tierra de la gran promesa*, *Cenizas y diamantes*, *El hombre de mármol* o *Korzack* son un claro ejemplo de un cineasta constatarario que no admite posturas complacientes ante la historia y su

manipulación). La memoria colectiva del pueblo polaco en este caso sirve para contrarrestar esa tendencia de la historia a oficializar cierto estatuto de memoria, el de una memoria ideologizada. En ese sentido resulta muy pertinente la dialéctica que establece el director entre historia colectiva oficializada (falsificada) y memoria colectiva portadora de una verdad que fue reprimida durante décadas. Un ajuste de cuentas, pues, con la mentira y la propaganda, como él mismo refiere: «Katyn sucedió en el pasado y la cuestión es la memoria».

El maestro polaco ha querido sellar su amplia y significativa filmografía con este testamento personal y nacional a la par que universal realizado a los 81 años. Personal porque el genocidio de Katyn perpetrado por el comunismo soviético en 1940 le afectó directamente en el asesinato de su padre y en el dolor de su madre, e incorpora otros detalles autobiográficos en la película como son el aspirante a estudiar Bellas Artes, o en la joven que encarga una lápida para su hermano. Nacional porque representa un hecho esencial para comprender la Polonia actual, que sobrevivió tras más de cuarenta años de ocultamiento, y que aún hoy padece esta identidad sufriente que en momentos inesperados aflora

sorpresiva y emocionalmente. Y, en definitiva, universal no sólo porque los aliados se convirtieron en cómplices silentes en los juicios de Nuremberg, sino porque todos podemos ser víctimas y verdugos, silenciados y ocultadores.

El film se transforma en algo más que en el recuerdo de un asesinato en masa. Su problemática, a veces conteniendo escenas de gran crudeza, transita por un pueblo sometido que el propio Wajda conoció en su juventud y que con elegante concisión hace que su historia explore los acontecimientos de esa brutal matanza y recale en las mujeres que esperan vanamente a sus hombres (la narración asume el punto de vista de las mujeres, especialmente inspirada Maja Ostaszewska). A modo de primoroso tapiz, el destino de un oficial, al que su esposa, apelando al futuro de su hija y de ella, pide que abandone el campo donde es prisionero con otros compañeros, sirve de puntada para ver el sufrimiento de estos oficiales prisioneros y sus familiares; y también para revelar el destino fatal de los intelectuales polacos –convocado a la universidad el padre del oficial con otros profesores, se les anuncia su detención y destino a Auschwitz–.

En este sentido Wajda muestra una de las principales característi-

cas del totalitarismo: el proyecto de crear un nuevo hombre, la pretensión de partir de cero; tanto por el lado soviético, con la eliminación sistemática de la cúpula militar, como por el lado alemán que eliminó a la élite intelectual polaca en los campos de concentración.

*el maestro polaco ha querido
sellar su amplia y
significativa filmografía con
este testamento personal y
nacional a la par: personal
porque el genocidio le afectó
directamente en el asesinato
de su padre y nacional
porque representa un hecho
esencial para comprender
la Polonia actual*

Resultado: una Polonia de posguerra que comenzó de cero. Con la ayuda de un diario que mantiene el oficial, y las acciones de otros personajes que aparecen en escena –la esposa del general, la hermana de un piloto...–, se construye un apasionante cuadro, vivísimo, pero en el que ninguno de los personajes llega a tener la suficiente fuerza para conectar con el espectador, resultando en su conjunto fría y a ratos confusa en su de-

sarrollo. Se agradece, aun así, que la historia no cargue las tintas en la truculencia, sino que se esfuerce en el ejercicio de la memoria sin maniqueísmos. Un matizado cuadro de personajes que quiere reflejar el variopinto panorama social, en un ambicioso intento por transmitir toda la verdad de lo ocurrido en esos años.

Katyn ejerce, de esta manera, a la perfección su doble papel de denuncia y recordatorio de la barbarie, y se guarda para los últimos momentos una de las secuencias más estremecedoras e impactantes al respecto donde los hechos son presentados de forma seca y repetitiva, con una brutalidad natural y mecánica en la que los verdugos actúan como engranajes de una máquina de muerte donde únicamente las víctimas conservan su carácter personal. *Katyn* termina dando un salto de lo subjetivo del diario del oficial a la crudeza y suciedad descriptiva de una matanza ordenada y sistemática, como si fuera un matadero de reses, en lo que viene a confirmar la maldad intrínseca de regímenes que, como el nazismo o el comunismo, conciben la muerte del enemigo más en términos de logística, de cadena en serie, que en términos de guerra. Una excavadora soviética cubre de tierra un montón informe de cadáveres, metáfora del silencio impuesto y

la verdad enterrada durante setenta años.

Resulta comprensible que una historia secuestrada durante décadas encuentre por fin su verdad en el cine. Frente a otras apropiaciones libres de la historia europea (véase la última propuesta de Tarantino, *Malditos bastardos*, 2009), Wajda ha preferido capturar la verdad histórica de su patria, sus ideales y anhelos de libertad y reconocimiento, pero también de debilidad y desesperación. Más allá del rencor y del odio hacia alemanes y soviéticos, su mirada hacia el pasado es una apuesta por el futuro. Más allá de la coyuntura concreta de sus historias, su mirada profundiza en el interior del hombre de cualquier época y lugar, una mirada sin ira a la verdad para encontrar así la libertad.

Ficha técnica:

T.O.: «Katyn».

Director: Andrzej Wajda.

Nacionalidad: Polonia-Rusia-Alemania (2007).

Duración: 121 minutos.

Intérpretes: Andrzej Chyra (Jerzy), Maja Ostaszewska (Anna), Artur Zmijewski (Andrzej), Danuta Stenka (Roza), Pawl Malaszyński (Piotr), Magdalena Cieliencka (Agnieszka).

Web oficial:

www.karmafilms.es/katyn/